

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 29 de Abril de 1916

AÑO XII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 606

Réplica a injustos alegatos

No hay duda alguna de que si siempre se reproducen las escenas de la Pasión de Nuestro Divino Maestro, y todos los personajes que en ella tomaron parte los vemos reproducidos en los siglos todos, ese fenómeno se verifica con más intensidad en nuestros días.

No vamos a poner en parangón a las clases directoras y dirigidas de aquel tiempo con las clases también directoras y dirigidas de la actualidad. Mil veces se ha hecho ese paralelo y no ha salido muy bien librada nuestra época de ese análisis. Lo cierto es, que después de veinte siglos de cristianismo, todavía vemos a la impiedad moderna entonando himnos de triunfo unas veces o profiriendo gritos de despecho y de conmiseración hacia la Iglesia Católica, a la que nos gloriamos los católicos de pertenecer.

Empero ¿son reales esos triunfos de la incredulidad, cualquiera que sea el terreno en que se considere victoriosa? En apariencia y para el que no penetra en el fondo de las cosas, parecerá que los perseguidores de la Iglesia, ora se intitulen emperadores, ora herejes, revolucionarios, políticos o científicos, pueden gloriarse de haber sepultado en el eterno olvido y haber grabado en la frente de la Iglesia el estigma de retrógrada, de nada amante del progreso y de la civilización. ¡Que muera, que muera, no queremos nada con el cristianismo, ni con su Divino Autor, ni menos con la Institución continuadora de la misión salvadora del Crucificado! ¡Y con todo, lo único siempre vivo y pujante es el Crucificado y la Iglesia Católica!

Por ventura ¿aducen razones que tengan alguna vislumbre de verdad en tamañas acusaciones? Nada de eso ni por asomo pueden encontrar ni en sus alegatos encontramos cosa alguna de reprehensible y bochornosa para la Iglesia Católica, como no la pudieron ofrecer aquellas turbas, aquellos escribas, sacerdotes y fariseos, al pedir la crucifixión de Cristo. Bien así como todos éstos no podían negar las hermosísimas enseñanzas, preciosos ejemplos y hechos milagrosos de Jesús y sólo porque se les antojaba opuesto a sus sueños de dominación, a sus pasiones, delirios y conducta aviesa; también los modernos sectarios de todo jaez, sin poder concretar cargo alguno contra la Iglesia Católica, tratan de privarla de sus legítimos derechos recibidos de lo alto y la privan de la libertad de enseñar y encaminar a los hombres hacia su salvación temporal y eterna. Los pretextos son idénticos: que quiere hacerse reina y dominarlo todo; que es enemiga de nuestras libertades

de nuestros placeres, del progreso y de la civilización, que no se concilia con las legítimas aspiraciones jurídicas, científicas, económicas y aun internacionales. No los exijáis que os expliquen el contenido de esas frases deslumbradoras que entrañan diversos sentidos, y que hasta pueden ser punto de partida para infinidad de crímenes y dar pie a terribles conflictos individuales y bélicos como acaeció con la espantosa conflagración presente.

No esperéis explicación alguna, porque ni ellos mismos están al tanto del contenido de esas frases equívocas; ni tampoco os hagáis la ilusión de que citen hechos concretos y de que se ponga de acuerdo entre sí acerca de las fechas y lugares en que pudieron tener lugar las inculpaciones. ¡Nada, nada, os replicarán, en su ciego apasionamiento: no queremos que reine sobre nosotros; no queremos ser cristianos, sino stóicos; no nos conviene sus preceptos, sus fiestas, sus Sacramentos, sus representantes: calga su muerte sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

Pero, ¿qué males has hecho ni la Iglesia ni su Divino Fundador? Tampoco quieren percatarse de los inmensos beneficios en el orden familiar, social e individual reportados de la Cruz bendita, a cuyos benditos frutos debe la humanidad todas sus ideas de redención y de libertad, dignas de este nombre. Encastillados esos ingratos, en sus absurdas, apasionadas y subjetivistas concepciones proceden de igual suerte que aquellas turbas inconscientes, que, a trueque de saciar sus feroces instintos de sangre, desafiaban las iras de la Divina Justicia, que cayó de lleno sobre ellas, sobre sus Instituciones y hasta sobre la tierra que fué teatro de tantas injusticias.

¿Quién no tiembla delante del paso de la Justicia de Dios? El hombre pensador tiene que confesar que se reproduce el cuadro que ofreció aquella desgraciada sociedad de la Pasión y muerte de Cristo; y que si hoy no vuelve los ojos al Crucificado y le adora, y le sirve y le imita, sufrirá las terribles consecuencias de su conducta alevosa y al abandonar la única fuente de verdad, de amor y de consuelo continuará el estermínio, el incendio, el espantoso derramamiento de sangre, la cruel carnicería y la ruina y la desolación se adueñarán y convertirán en vasto cementerio esta Europa que creyó, sin duda, bastarse a sí misma con llamarse y condecorarse con la corona de civilizada y progresiva. ¡Qué quebradizos son los pensamientos humanos!

¡Qué cruel desencanto! Hasta un adalid del librepensamiento, reproduciendo la opinión de otros muchos pensadores, nada clericales ni reaccionarios, ha podido defender la tesis de que

precisamente la cultura científica, literaria y artística es la principal causante de ese martirio cruento que está aniquilando al mundo civilizado. Si nosotros hubiéramos llegado a hacer semejante afirmación. Si nosotros achacásemos, como el sabio librepensador lo hacía, a la *Zoología culta la barbaru* hecatombe que deploramos todos ¡qué tempestad de epítetos insultantes hubieran llovido sobre el infeliz reaccionario que se propusiera a mirar frente a frente a la Diosa Ciencia Moderna, única Dulcinea a la que ellos aman y rinden vasallaje!

Por nuestra parte los católicos ya sabemos a qué atenernos. Sin Dios y sin su Cristo, y sin la Iglesia Católica, «organización jerárquica fundada por Cristo con la misión de comunicar autoritativamente a los individuos la revelación divina, declarar su sentido y hacerles partícipes de la gracia y dones divinos,» no es posible edificar nada, ni menos sostener institución alguna moral, jurídica, política o social.

X.

Jesús dormido

Está la Virgen María,
Madre de Aquel que nos salva,
más que la luna de hermosa,
más que los ángeles santa.

Tiene a Jesús en los brazos,
al hijo de sus entrañas;
y Jesús está dormido,
su Madre el sueño le guarda.
Entre sus brazos lo mece,
y en su amor santo se abraza,
y por endulzar su sueño,
con voz dulcísima canta:

«Duerme en paz, Niño querido,
duerme azucena temprana;
duerme, gloria de mi vida;
duerme, Niño de mi alma.

«Airecillos revoltosos
que jugáis entre las ramas,
que risáis del arroyuelo
las puras ondas de plata;
«no humedezca vuestro soplo
su divina frente blanca,
no hagáis flotar esparcida
su cabellera dorada.

«Haced, por Dios, un momento
a vuestros rumores pausa;
callad, no turbéis el sueño
del Hijo de mis entrañas.

«Olas del limpio arroyuelo
coronado de espadañas,
deteneos en remanso,
no corráis a la cascada;

«deteneos en remanso
donde el cielo se retrata,
donde irrequieto el arroyo
sobre la yerba resbala;

«a vuestros dulces murmurios
un momento de calma,
mientras dulce sueño goza
el Hijo de mis entrañas.

«Aporrosas tortolillas,
no voléis de rama en rama;
treguas a vuestros arrullos,
que duerme el Hijo de mi alma.

«que no llegue a sus oídos
el rumor de vuestros alas;
el os crió y si quisiera,
tornáros puede a la nada.

«Gesad, lindos pajaritos,
en vuestras tiernas baladas
que duerma el Sér Soberano
que a vuestro canto dió gracia.
«¡Todo en silencio! yo os ruego,
por la clara luz del alba,
por las fuentes cristalinas,
por las flores y las palmas...
«por cuanto amáis en el mundo,
os pide a voces mi alma
que no perturbéis el sueño
del Hijo de mis entrañas.
Calló la Virgen y luego,
cu santo amor abrasada,
sobre la frente del Niño
posó los labios sin mancha.

A. V.

Mosaico Local

Nos hallamos en las postrimerías del mes de abril, en cuya primera mitad se ha cumplido el aserto que afirma ser abril el mes de las aguas mil, aunque la segunda parte del dicho vulgar no se haya confirmado, pues las aguas con que las nubes nos han favorecido no hubieran cabido en un barril.

Lo cierto es que ha llovido, sin que las aguas llegaran a impedir la celebración de las procesiones—aunque cerca le anduvieron, porque la víspera del domingo de Ramos llovió, y llovió el sábado de gloria.

Estas aguas han venido a dar la vida a nuestros campos que se hallaban sedientos, y por ende a punto de que las cosechas se hubiesen perdido.

Afortunadamente el peligro se ha conjurado, y habrá cosecha, ya que no tan abundante como fuera de desear, lo bastante al menos para que nuestros labradores tengan un pedazo de pan con que alimentarse.

El último domingo, festividad de la pascua de resurrección que la iglesia conmemora, celebró el pueblo de La Palma (de esta municipalidad) la fiesta de la resurrección de un nuevo presbítero, a la vida del sacerdocio.

Cantó este acontecimiento, desde la Cátedra de la verdad, el grandilocuente orador señor López Maymon; y con esa facilidad de palabra en él tan peculiar; con ese asociamiento de ideas peregrinas que le son familiares y con esa nota llena de ternura que tanto le caracteriza, electrizó a sus oyentes, entre los cuales tuvimos la dicha de encontrarnos.

Al misacantano le hizo saber las excelencias del ministerio en que comenzaba militar, y al tiempo mismo las penalidades que encierra. Le exhortó a que fuese fiel cumplidor de las doctrinas de Cristo, que ejerciese las virtudes todas singularmente la caridad; y para los que se hallaban presentes en el acto religioso, y para otros que han desaparecido del mundo de los vivos tuvo recuerdos y frases pia-